



“Medita sobre la muerte». Quien esto dice, nos exhorta a que meditemos sobre la libertad. Quien aprendió a morir, se olvidó de ser esclavo; se sitúa por encima o, al menos, fuera de toda sujeción. ¿Qué le importan la cárcel, la guardia, los cerrojos? tiene abierta la puerta”. (Séneca, *Epíst.*, 26, 10).

NOVIEMBRE | 9
2018

Mi Padre

Por Marcos Serrano Galindo



El próximo 18 de noviembre se cumplirá el octavo aniversario de la muerte de mi padre, Vicente Serrano. Fue un hombre sencillo, sabio y bueno. Nació en el año 1934 en una España que dos años más tarde sería devastada por una guerra civil cuyas consecuencias marcaron toda su vida. Su padre, Marcos, soldado del ejército republicano, desapareció para siempre y nunca la familia tuvo noticia alguna de su muerte. Sus huesos aún permanecerán enterrados en alguna cuneta para mayor vergüenza de un Estado que ni ha sabido ni ha querido restañar una herida abierta en miles de familias que no han podido honrar como se debe la memoria de sus muertos. Vicente sobrevivió a una infancia durísima en una España en la que el hambre y las represalias políticas de la posguerra marcarían el arranque de un régimen que se prolongó hasta la muerte del dictador. Apenas tuvo la oportunidad de ir a la escuela unas pocas semanas durante las cuales le dio

tiempo a aprender a leer, escribir y las cuatro reglas elementales de la aritmética.

Vicente tuvo que ganarse la vida como jornalero agrícola durante toda su vida con el sudor de su frente, y con el fruto de su trabajo consiguió formar una familia a la que mantuvo con dignidad dentro de la pobreza; incluso pudo dar a su hijo mayor unos estudios universitarios que le ayudaron a tener una visión distinta de la vida, razón por la que siempre mantendrá en su corazón la deuda contraída con su padre.

Llegado a la vejez, prácticamente ciego, pero aparentemente bien de salud, de forma silenciosa y abnegada para no compartir su sufrimiento con su familia, su cuerpo iba siendo devorado imparablemente por un cáncer de colon, lo que le provocó una obstrucción intestinal que ya no pudo disimular. Fue ingresado en el hospital y yo lo acompañé cuando lo condujeron a los boxes del Servicio de Urgencias. En ese momento los familiares ni siquiera podíamos sospechar la gravedad de su estado. Los médicos comenzaron a aplicarle sus protocolos asistenciales y yo permanecí a su lado todo ese tiempo, observando en él una actitud a mitad de camino entre el escepticismo y la emoción contenida. Cuando ya llevaban un buen rato realizándole todo tipo de pruebas su estado anímico iba cambiando con inequívocos gestos de fastidio y en un momento determinado le espetó a uno de los médicos: *Doctor, yo lo que quiero es que me “hagan” la eutanasia*. Sus palabras llegaron a mí como un mazazo e hicieron vibrar hasta la última fibra sensible de mi cuerpo, de forma que no pude contener las lágrimas y mi reacción inmediata fue abrazarlo, sintiéndolo más cerca de lo que quizás nunca lo había sentido como padre.

Durante mi formación como filósofo y en mis trabajos y reflexiones posteriores ya me había planteado el tema de la eutanasia, como se plantean este tipo de cosas, desde una perspectiva meramente intelectual, aunque decididamente partidaria. Pero ese momento cambió mi paradigma de todo lo que había reflexionado hasta entonces, poniéndome de frente ante una situación que marcaría mi vida para siempre. Jamás había cruzado una palabra con mi padre respecto al tema de la eutanasia, a pesar de mis convicciones éticas, y sus palabras me llevaron a preguntarme de dónde habría sacado él tal idea, lo que me hizo darme cuenta de su sabiduría vital. Una sabiduría que, sin embargo, no le llegaba para saber que su petición era legalmente imposible y que no podría ser atendida, a pesar de la actitud del doctor que la oyó que hizo oídos sordos y la dejó caer en saco roto con total indiferencia. Con su *“gramática parda”* (usando su propia expresión) pensaba ingenuamente que, con su decidida y firme voluntad, estando completamente lúcido de mente, era más que suficiente para ser el dueño de la decisión que marcaría el final de su vida.

Pa –así lo llamaba yo cariñosamente–, *no exageres. Ya verás como esto son unos pocos días de ingreso en el hospital y dentro de nada volvemos a estar en la casa*. Él dirigió su estéril mirada hacia mí y pude adivinar en su gesto que sabía muy bien lo que le esperaba.

Los siguientes 28 días fueron la confirmación de su certeza. Sufrió dos operaciones totalmente inútiles que empeoraron muchísimo los síntomas de su enfermedad; especialmente la segunda que le produjo durante la inter-

vención una peritonitis infecciosa que lo empujó definitivamente hacia una situación límite e irrecuperable, falleciendo oficialmente de una neumonía escasos días después.

La agonía de sus últimos días fue terrible. Sufrió no sólo los efectos de la degeneración de su organismo, sino las absurdas prescripciones médicas que no le permitían, por ejemplo, paliar su sensación de sed con un sorbito de agua y que le hacían rogarme cuando estaba con él a solas en la habitación que no les hiciera caso y que le diera de beber. Sus súplicas me hacían debatirme en un doloroso dilema: o hacía lo que él me pedía desobedeciendo las estrictas órdenes de los servicios médicos, o las respetaba dejándome arrastrar por el miedo de que con mi acción pudiera empeorar su estado, aun cuando la angustia de sus peticiones se convirtió en algo que martilleaba mis oídos de manera insoportable. Ni que decir tiene que sus palabras aún son evocadas en mi memoria de manera indeleble y me acompañarán hasta mi último día de vida.

Pasados unos días tras el inminente dolor por su pérdida, este se mezcló con la frustración y el rencor hacia un Estado que permite estas experiencias tan desgarradoras, en primer lugar, para el enfermo que tiene claro cuál quiere que sea su forma de encontrarse con la muerte, y después para sus seres queridos que, si realmente lo aman, deben comprender y aceptar que nadie mejor que él puede adoptar esa decisión.

La experiencia con mi padre me hizo comprender con claridad que es de toda justicia ofrecer a los pacientes en estado terminal la posibilidad de optar por una solución rápida, digna e indolora, en vez de afrontar un estado de agonía prolongada e insufrible sin ninguna posibilidad de cura ni recuperación, una vez todas las prescripciones médicas así lo confirmaran sin margen de error. Mi padre, si la ley se lo hubiera permitido, con toda la consciencia acerca de lo que solicitaba y la voluntad clara y firme de solicitarlo, en vez de sufrir 28 días de angustia y dolor, en los pocos que hubieran sido precisos para el cumplimiento de la ley, hubiera aceptado sin el menor atisbo de duda que se le suministrara el procedimiento más adecuado para dejar atrás una vida que ya no podía aportarle nada más que la autoconsciencia de ir cayendo en una espiral más y más profunda y oscura cada minuto que pasaba.

Pero esta suposición es un puro desiderátum. Las leyes de la mayoría de los países no permiten la aplicación de este derecho fundamental y esta experiencia, con pequeñas variaciones, es la que viven millones de personas, enfermos y familiares, entre las paredes de edificios hospitalarios, donde a pesar de la buena voluntad y el buen hacer del personal sanitario, no se encuentra una respuesta satisfactoria a la demanda de morir de forma digna. Me pregunto cuántas personas, como mi padre, preferirían dejar este mundo tras una petición tan simple como la que él hizo: *Doctor, yo lo que quiero es que me "hagan" la eutanasia.*



Te invitamos el próximo

JUEVES 29 DE NOVIEMBRE

a las 19 hrs. a la función de

LOS TIEMPOS DE HÉCTOR

en Cinépolis Portal San Ángel, Sala 4,
Calle Pirul #607, Los Alpes, CP 01010, CDMX

Sinopsis

Héctor es un hombre solitario que asiste suicidios en la Ciudad de México. Mónica es una joven mujer que añora la muerte. Su encuentro desatará consecuencias insospechadas para ambos.

Favor de confirmar su asistencia antes del martes 27 de noviembre por medio de un correo a dalinda.floresm@dmd.org.mx

Entrada gratuita CUPO LIMITADO